



Buena y mala literatura

Hay, evidentemente, un poso de sentimiento sano y claro en el estado de ánimo en que se dice con desdén: «Eso no es más que literatura.» Pero obsérvese que ha sido un poeta, un verdadero poeta, un gran poeta, Verlaine, el que con más autoridad y más expresividad ha dejado para siempre dicho: «¡Y todo lo demás... literatura!» Lo que desde el campo de la poesía cabe decir y no tanto desde el de otra literatura que quiere hacerse pasar ya por ciencia, ya por pragmática sociológica o económica.

Fué Séneca un literato, pero a trechos y a su modo, un poeta también, el que se quejó de la intemperancia literatesca de su época — el alejandrino de los griegos, — y fué Carducci el que mucho después, en el «Desahogo» que en 20 de enero de 1887 dirigió al director del «Resto del Carlino», le decía: «Creo firmemente que es dañosa al vigor moral de un pueblo la demasiada literatura; creo que la demasiada literatura perdió a Grecia y enerva ahora a Francia; creo que Italia, teniendo que cobrar fuerzas, ha menester de muy otra cosa que de excitantes o depresivos neuróticos y la literatura de hoy no puede dar otra cosa. La imposibilidad de que saliese en Italia una novela italiana leíble era para mí una prueba y un consuelo de que a este pueblo le quedaba todavía una hebra de los riñones antiguos; era una esperanza para el porvenir, etc.»

¡Sí, pero... Pero hay otra literatura, y está enmascarada, que es peor que la otra, que la que se nos presenta con la careta en la mano, que es la de verdad literatura perniciosa. En las novelas de Julio Verne, verbigracia, y aun en las de Wells, la peor literatura es la de sus trozos de avulgamiento, que no ya vulgarización de la ciencia. ¡Y qué ciencia!

No le faltaba alguna razón a Cambó al decir, entre rumores de inconscientes, que es preciso que consigamos que el millar de millones se pronuncie con tanto respeto como el nombre de Dios. No tanto, es claro, pero sí que se hable seriamente de las cosas serias. Y no es serio hacer literatura con cifras de millones, y estadísticas de producción, y trigo y hiebro y alfalfa y ferrocarriles, y veniros luego con que debemos dejar la buena literatura, la literatura sin máscara, sincera, clara, para dedicarnos a esa mala literatura. Y creemos más, y es que hasta el progreso de la riqueza de un pueblo gana más con una nueva metáfora, sugestiva y bella, que no con una patochada spenceriana o marxista o de otro cuño científicoista cualquiera.

Si el que esto os dice estuviera al frente de una gran empresa industrial, mercantil o financiera, antes le daría el cargo de administrador o de contador o de gerente de ella a un puro y declarado literato,

cuentista, novelista, cronista de periódico, revistero de salones o de corridas de toros, crítico de teatros — y mucho más, ¡claro está!, si era poeta, — que no a un aficionado a barajar estadísticas de producción y de consumo y a disertar — literariamente, ¡claro! — de economía y sociología.

¡Pero entre toda la literatura con careta la que más nos asusta es la que se apellida sociología. Porque esto de la sociología es una de las diabólicas invenciones del siglo XIX. Otros le han llamado biología social, y ya tenemos dicho, lector, que hay campos del conocimiento

en que lo pertinente es la biografía y no la biología. Y la biografía social — o si queréis sociografía — no es ni más ni menos que la historia. Y en punto a historia los historiadores que más nos enseñan son los literatos. O mejor, los poetas. Poetas de la historia.

Ahora perdonanos, lector, que dejándonos llevar de nuestro oficio, de aquella profesión por la que nos estipendia el Estado, te hagamos caer en la cuenta de que «detrado» es la forma vulgar o romanceada de la voz culta «literato», y que en esto preferimos el literato al letrado.

«Lo suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pondrían revuelta con sus libros e habría pleitos y distensiones.» Así dice Bernal Díaz del Castillo, el capitán cronista de la «Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España», que le rogaron ellos, los conquistadores, al emperador Carlos V. Pero esos libros con que habrían de revolver la tierra de Méjico los letrados serían libros de leyes y ordenanzas y pragmáticas y no de romances o de caballerías. Y también aquí hay que andar con tino que entre la mala literatura suele ser de la peor la literatura jurídica. Y llamamos literatura jurídica a la que fraguan los letrados ayunos del sentimiento de la justicia cuando quieren cohonestar sus fórmulas y sus enredos.

No creemos que a la España de hoy, como a la Francia de 1887, según Carducci, le haga daño alguno la literatura. ¡Lo es tan poco la que aquí, de ordinario, corre como tal! Es más bien industria. No literatura de industria, sino industria de literatura. Que mientras uno fantasea de números, el otro hace números para fantasear. Y para dirigir un Banco de préstamos a labradores será mejor un autor cómico acostumbrado a pingües trimestres que no un dramaturgo ahogado en ciernes que se vuelve a dramatizar la vida agrícola.

Miguel de UNAMUNO.

84
53
420
4654

